

La teoría del desarrollo y los cambios en el sistema internacional

Development theory and changes in the international system

José Antonio Alonso

Catedrático de Economía Aplicada, Universidad Complutense de Madrid, y miembro del Committee for Development Policy (Naciones Unidas)
j.alonso@ccee.ucm.es

Resumen: La teoría del desarrollo ha sufrido importantes mutaciones en las últimas dos décadas. No obstante, la realidad internacional a la que esa teoría remite ha cambiado si acaso más intensamente. La incrementada heterogeneidad del mundo en desarrollo, la variada gama de experiencias de crecimiento, la nueva geografía de la pobreza, la multipolaridad del sistema internacional o la ampliación del espacio de los bienes públicos internacionales son algunos de estos cambios. En consecuencia, es necesario pensar de nuevo el desarrollo y reflexionar acerca de estrategias que puedan alentar ese proceso. El presente artículo pretende contribuir a ese debate.

Palabras clave: teoría del desarrollo, estrategia de desarrollo, sistema internacional

Abstract: Development theory has undergone several changes over the last two decades. However, the international reality has changed more profoundly. The increased heterogeneity of the developing world, the diverse experience of economic success among some developing countries, the new geography of global poverty, the increased multipolarity of the international system and the wider spheres of international public assets are just some of these changes. Thus, it is necessary to think again about the development process and the strategies that are required to promote economic and social change. This article represents an attempt to contribute to that reflection.

Keywords: development theory, development strategy, international system

Aunque la teoría del desarrollo nació tardíamente, no antes de los años cuarenta del pasado siglo, sus primeros pasos fueron fulgurantes, animados por una generación de pensadores (los llamados «pioneros del desarrollo») de muy notable creatividad y vigor intelectual. Es difícil atribuir a estos pensadores una teoría integral y compartida del desarrollo: en realidad, sus aportaciones acogieron diversas y no siempre compatibles interpretaciones acerca del fenómeno. Aun a pesar de esa diversidad, algunas de sus hipótesis alcanzaron un aceptable grado de consenso. Entre ellas ocupa un lugar destacado la que identifica los problemas de desarrollo con una especie de «trampa de pobreza»: una situación en la que un conjunto de factores adversos, que mutuamente se refuerzan, condenan a los países a una parálisis de la que les es difícil salir por sus propios medios. Adicionalmente, se identificó como fuente principal de esa «circularidad viciosa» la incapacidad de los países más pobres para generar el ahorro requerido con el que financiar la inversión que el desarrollo demanda. «Porque son pobres no ahorran y porque no ahorran son pobres»: tal es en esencia la lógica de ese círculo vicioso. En esta visión el problema del desarrollo se asocia con la existencia de una brecha financiera –*financial gap*– entre los recursos generados por los países y los requeridos para promover su desarrollo.

En los años ochenta, la oleada neoliberal que dominó el pensamiento de la época procedió a lo que cabría denominar una impugnación global de la teoría del desarrollo. Nada justificaba, en su opinión, que se pensase el desarrollo de forma específica: para lograr el progreso bastaba con que los países aplicasen las prescripciones emanadas de la teoría convencional e hicieran aquello que supuestamente habían hecho los países desarrollados para progresar. Para fundamentar este juicio mistificaron la experiencia de los países exitosos haciendo aparecer su progreso como la consecuencia espontánea de la estabilidad macroeconómica y la libertad para el funcionamiento de los mercados. El problema del desarrollo derivaba de que los países no aplicaban las políticas correctas: padecían una suerte de *policy gap* que debían corregir. Se creó así la justificación para los planes de ajuste estructural, que intentaron imponer el recetario emanado del Consenso de Washington. Un estudio más ponderado de las experiencias exitosas demostró, no obstante, que la política que habían aplicado distaba mucho de aquella predicada por el consenso de Washington; y, al contrario, que el estricto seguimiento de las medidas prescritas por el pensamiento neoliberal se había saldado con resultados más bien pobres en términos de desarrollo.

Tras dos décadas de ostracismo en la que fue arrinconada en el desván de las curiosidades intelectuales en buena parte de las ciencias sociales, la teoría del desarrollo emergió de nuevo a finales de la década de los noventa reconvertida en una teoría mucho más ambiciosa en su planteamiento intelectual, con una nueva fundamentación doctrinal, un nuevo estilo de hacer teoría y una renovada capacidad para alentar fecundas líneas de investigación. Se sentaron las bases de filosofía política sobre las que descansa el concepto de desarrollo humano y, en el ámbito económico, se hizo

un uso más fecundo de las herramientas analíticas desarrolladas por la economía aplicada. El progreso se produjo no solo en el ámbito teórico, con modelos mejor fundamentados, sino también en el ámbito aplicado, al asentar las hipótesis en ejercicios cada vez más exigentes de validación empírica.

Como consecuencia, se ha producido un cambio relevante en la teoría del desarrollo, en sus planteamientos y en sus prescripciones; pero también ha cambiado –y de forma más notable– la realidad internacional a la que esa teoría hace referencia. El mundo que hoy habitamos es muy diferente de aquel en que nació la teoría del desarrollo. Ha crecido el grado de heterogeneidad en el seno del mundo en desarrollo, hasta el punto de hacer que ese rótulo sea hoy poco expresivo de una realidad común; un grupo selecto de países en desarrollo han emergido como nuevas potencias internacionales, alterando la estructura de las relaciones internacionales y poniendo bajo presión las pretéritas estructuras de gobernanza del sistema internacional; algunos países en desarrollo han sostenido en las últimas décadas procesos intensos de crecimiento, siguiendo para ello estrategias altamente específicas; y finalmente, en el ámbito internacional, el espacio de los bienes públicos, algunos de ellos relacionados con los objetivos de desarrollo, se ha visto dilatado como consecuencia del proceso de globalización. Todos estos cambios obligan a revisar no solo la agenda de desarrollo a escala internacional, sino también alguno de los postulados y prescripciones de la teoría que la sustenta.

En el presente trabajo reflexionaremos sobre esos cambios. El artículo se estructura en torno a tres grandes secciones, adicionales a esta introducción. En la primera sección se hace una presentación de los postulados básicos de la teoría del desarrollo y su evolución en el tiempo; en la segunda se discuten algunos de los cambios habidos en el entorno internacional con implicaciones sobre la forma de pensar el desarrollo; y en la última sección se presentan las bases sobre las que cabría pensar acerca de una estrategia de desarrollo futura. El artículo termina con unas breves consideraciones.

El núcleo originario de la teoría del desarrollo

Postulados básicos

En sus inicios, al final de los años cuarenta, la economía del desarrollo se intentó establecer como una disciplina diferenciada dentro de la teoría económica. En sus primeras caracterizaciones, los países en desarrollo aparecen como economías con abundancia de mano de obra y bajos salarios, pero también con limitada dotación de capital y bajos rendimientos de capital. De acuerdo con Nurkse (1957), esa baja

dotación de capital está relacionada con la reducida capacidad de ahorro de los países en desarrollo, debido a su bajo nivel de renta, pero también con el bajo rendimiento del capital («la debilidad de los incentivos a la inversión», en términos de Nurkse). Es la combinación de estos dos hechos, bajo rendimiento de capital y de trabajo, lo que reclamaba una explicación específica para los países en desarrollo, que apareció asociada a la definición de la «trampa de la pobreza», acaso el elemento de diagnóstico más compartido entre los teóricos del desarrollo.

La justificación de la trampa de pobreza descansa en la presencia de relaciones circulares (no meramente unidireccionales) entre las variables relevantes y la eficacia de importantes externalidades (pecuniarias y tecnológicas) y rendimientos crecientes en la actividad económica. El reconocimiento de la ubicua presencia de externalidades en la actividad económica es, de hecho, un elemento caracterizador de buena parte de las propuestas en este campo, como las debidas a Hirschman (1958), Myrdal (1957), Rosenstein-Rodan (1943), Rostow (1961) o Lewis (1954). La combinación de importantes externalidades con la presencia de indivisibilidades en la inversión, conduce, a la vez, a la ruptura de la linealidad, dando lugar a la posible presencia de múltiples equilibrios a los que se enfrenta la trayectoria de una economía (Rosenstein-Rodan, 1943 y 1984; Leibenstein, 1954; Nelson, 1956). Por último, se supone que caracteriza a los países en desarrollo disponer de una oferta laboral plenamente elástica, procedente de un superpoblado sector tradicional (Lewis, 1954). La combinación de estos tres elementos conduce a la existencia de múltiples equilibrios y a las dificultades para transitar entre ellos. Como, con acierto, señala Ros (2000: 4): «una dosis moderada de rendimientos crecientes a escala combinada con la presencia de un excedente de mano de obra puede motivar una radical diferencia respecto al modelo neoclásico». Y, al tiempo, esos factores hacen que la senda previa seguida por una economía condicione su posible evolución futura, haciendo que la historia cuente. Como apuntó Myrdal (1957: 16) resumiendo esta visión, el problema del desarrollo está relacionado con «un complejo sistema de cambios que están interrelacionados, son circulares y de carácter acumulativo».

No obstante, sería excesivo presentar la teoría del desarrollo como un corpus teórico único e integrado: de hecho, más que hablar de «teoría del desarrollo» habría que hablar de «teorías del desarrollo». Pues, en efecto, más allá de algunos postulados comunes, bajo aquel rótulo se acogió una amplia colección de interpretaciones no necesariamente coincidentes. En esto se distanció la teoría del desarrollo de la más ortodoxa teoría del crecimiento, que se desarrolla en paralelo: mientras esta última descansa en un núcleo doctrinal generalmente compartido, aportado en su día por Solow (1956), la primera se compone de interpretaciones dispares y, en algunos casos, contradictorias. Sin duda, esta ausencia de un núcleo paradigmático –en términos de Lakatos– debilitó la capacidad de la teoría del desarrollo para imponerse como interpretación dominante de la dinámica económica.

A pesar de ello, la teoría del desarrollo, en su formulación originaria, ofreció unas cuantas hipótesis iluminadoras para explicar la dinámica económica y los procesos de transformación que la acompañan. Es cierto que gran parte de esas intuiciones se presentaron de forma poco adecuada para derivar de ellas modelos precisos, susceptibles de contrastación empírica, pero aun así revelaron una capacidad heurística notable. Su insistencia en el cambio estructural como factor indisociable del proceso de desarrollo, el reconocimiento de los rendimientos crecientes y la ubicua presencia de externalidades en el ámbito económico, con sus importantes consecuencias sobre la dinámica económica y, finalmente, la admisión de discontinuidades y de múltiples equilibrios constituyen hallazgos que, todavía hoy, están por ser explorados en todas sus consecuencias.

Implicaciones de política económica

En correspondencia con la diversidad de interpretaciones, no es posible decir que haya un único cuadro de políticas que emane del núcleo originario de la teoría del desarrollo. No obstante, hay algunas prescripciones que alcanzaron un mayor grado de consenso. Entre ellas, tres parecen especialmente relevantes.

En primer lugar, la presencia de indivisibilidades y rendimientos crecientes sugería la necesidad de una cierta concentración del esfuerzo inversor, para que este pudiera rendir sus efectos. Las terapias dosificadas podían ser poco eficaces en ese contexto, siendo requerida una acción inversora masiva en sectores complementarios o con altas externalidades para superar la parálisis a la que conducía la trampa de la pobreza. Solo de este modo se podría transitar desde un punto de equilibrio inferior a uno de naturaleza superior. Tal es la idea que está detrás de los conceptos de *big push* (Rosenstein-Rodan), *snowball* (Lewis), *take-off* (Rostow) o *critical minimum effort* (Leibenstein). Dada la limitada capacidad de generación de recursos financieros por parte de los países en desarrollo, se consideraba que en la superación del *financial gap* podía tener un papel decisivo la financiación internacional (inversión extranjera y ayuda internacional).

En segundo lugar, se dudaba que el mercado, por sí mismo, pudiese alentar un proceso de transformación como el requerido para superar la trampa de la pobreza. Se suponía que en los países en desarrollo los mercados eran estrechos e imperfectos y el sector privado, raquítrico y con limitada capacidad de iniciativa. Por ello, al Estado le correspondía un especial protagonismo en la promoción del cambio, articulando ese esfuerzo inversor masivo que se requería, al tiempo que removía otros obstáculos estructurales al progreso. Como consecuencia, la política de desarrollo apareció impregnada de un marcado tono intervencionista: un rasgo que tuvo su correspondencia en el protagonismo que adquirió en aquellos años la planificación indicativa como guía del proceso transformador.

Por último, la desconfianza acerca de las capacidades del mercado alcanzaba también a los intercambios internacionales. Se consideraba que la apertura franca y unilateral al comercio internacional podía tener más inconvenientes que ventajas, en tanto que la competencia por parte de las potencias industriales limitaba las posibilidades de los países en desarrollo para asentar capacidades productivas nacionales, particularmente en el ámbito industrial (Prebisch, 1950). Por ello, para alentar la industrialización eran necesarias ciertas dosis de protección comercial, reservando el mercado doméstico para la producción nacional, al menos en las etapas iniciales en la creación de una industria. Nació así la estrategia de sustitución de importaciones, que se convirtió en la respuesta de política económica dominante en los países en desarrollo en la década de los cincuenta y sesenta.

A estos tres rasgos se unió una cierta despreocupación de los economistas del desarrollo por la gestión del ciclo económico. El marco temporal al que remitía la teoría del desarrollo era el medio y largo plazo, porque solo en ese entorno cabía esperar procesos de transformación de la entidad que el desarrollo demandaba. Ese dilatado referente temporal parece haber excusado a los teóricos del desarrollo de pensar la gestión del ciclo económico a corto plazo. No se percataron entonces que una inadecuada gestión macroeconómica podía anular los logros obtenidos en otros ámbitos de la política económica. Pareciera como si para ellos la estabilidad económica fuese un dato y no un objetivo, tan crucial como esquivo en el caso de los países en desarrollo.

Cambios en la orientación de la política económica

A medida que se fue avanzando en el tiempo, alguno de los planteamientos anteriormente mencionados se vieron modificados. A ello contribuyó no solo la crítica que la teoría del desarrollo sufrió procedente del entorno neoliberal (la crítica al *dirigist dogma* como lo denominó Lal, 1983) sino también la instructiva experiencia internacional cosechada durante el período, que no siempre se acomodaba a lo inicialmente pensado por los teóricos del desarrollo. Así, por ejemplo, los especialistas pronto se percataron de que los problemas de financiación, con ser importantes, no eran el factor decisivo del desarrollo; y que las estrategias unilaterales promovidas desde la oferta, como las asociadas al ejercicio de un masivo proceso de inversión, además de poco viables (como tempranamente advirtió Hirschman, 1958), podían dar lugar a inversiones sobredimensionadas, con resultados altamente ineficientes. El desarrollo es, sobre todo, un proceso de cambio organizativo que afecta al conjunto de la sociedad y, por eso, como en su día señalaron Hoff y Stiglitz (2001: 428) «la escasez de capital debe considerarse un síntoma, no una causa del subdesarrollo». Algunos autores, como Sachs (2008), parecen todavía hoy ajenos a esta revisión crítica del *big push*.

En segundo lugar, la experiencia de muchos países en desarrollo –particularmente latinoamericanos– puso en evidencia que si bien la estabilidad macroeconómica no garantiza el desarrollo, este último se convierte en tarea imposible si no se mantienen bajo control los parámetros macroeconómicos básicos. El valor de la estabilidad macroeconómica fue una dolorosa experiencia, a la que se accedió a partir de la destructiva crisis de los años ochenta y de la igualmente severa terapia de los planes de ajuste estructural. Esa experiencia hizo ver, además, que hay diversas formas –más y menos recesivas– de gestionar la estabilidad, lo que es relevante en términos de impacto sobre las condiciones sociales de la población.

También la experiencia internacional reveló, en tercer lugar, que la desconfianza hacia la capacidad de iniciativa del sector privado no estaba debidamente fundada: incluso en los países de más bajo nivel de renta, el sector privado –especialmente de la pequeña empresa– se configura como uno de los sectores sociales más dinámicos, buscando en la informalidad vías de sostenibilidad cuando el entorno normativo es adverso (Soto, 2000). Al tiempo, se observó que si el mercado en su función asignativa tenía fallos, el Estado no estaba libre de ellos: es más, su excesiva intervención en la vida económica era fuente de potenciales ineficiencias, que afectaban a las condiciones de coste y competitividad del conjunto de la economía, generando estados hipertrofiados, con problemas de financiación recurrentes, mercados distorsionados por una excesiva y arbitraria regulación y economías alejadas de las condiciones de competencia internacional. Semejante revisión crítica ha llevado a otorgar a la iniciativa privada un protagonismo en la promoción del desarrollo mayor del que los pioneros del desarrollo le habían concedido inicialmente.

En cuarto lugar, la espectacular trayectoria de transformación y crecimiento de los países del Sudeste Asiático obligó a revisar el papel que los teóricos del desarrollo habían dado al comercio exterior. Parecía claro, a la luz de la experiencia asiática, que los mercados internacionales podían constituirse en un ámbito relevante para estimular el dinamismo económico y alentar el cambio productivo y tecnológico. La política de sustitución de importaciones había ayudado a crear en algunos casos una aceptable base industrial, pero la economía política del proceso había generado rocosos anticuerpos –en forma de intereses consolidados– que frenaron el intento de posterior apertura. Como consecuencia, los especialistas de desarrollo asumieron una posición más favorable a la apertura internacional, tratando de aprovechar de este modo las capacidades dinámicas de los mercados internacionales. Aun así se mantuvo la idea de que el recurso a la protección podía ser necesario, de forma temporal y selectiva, para crear capacidades productivas nacionales.

Por último, con el reconocimiento de los problemas de coordinación que están en la base de las trampas de pobreza, la teoría del desarrollo había sentado las bases para

otorgar estatus teórico al papel de las instituciones en los procesos de desarrollo. No obstante, quizá con la excepción de Myrdal, fueron pocos los teóricos del desarrollo que se detuvieron en un análisis serio del marco institucional. En los últimos años también este aspecto se ha visto corregido. Se entiende hoy que la estructura institucional es algo así como un código de instrucciones para los actores sociales, una guía de la conducta esperable de los individuos en los múltiples escenarios que conforman la vida social. Al determinar los incentivos que guían la conducta de los agentes, las instituciones condicionan la habilidad que una sociedad tiene para poner en pleno uso sus factores productivos y para someterlos a una más intensa dinámica de acumulación y mejora. Empezó a pensarse que a los países en desarrollo les caracterizaba más que un *financial* o un *policy gap*, un *institutional gap*, por carecer del marco institucional adecuado para promover el cambio económico (Alonso y Garcimartín, 2008 y 2011). El estudio de los orígenes históricos de la sociedad industrial no hizo sino confirmar la centralidad de las instituciones en la explicación del proceso de desarrollo (Açemoglu *et al.*, 2001; Rodrik *et al.*, 2004; Engerman y Sokoloff, 2005 o Alonso, 2011, entre otros).

Este convencimiento se extendió a los organismos internacionales en la segunda mitad de la década de los noventa. Tras la fiebre doctrinaria que alentó el consenso de Washington, estos organismos multilaterales volvieron su mirada hacia el marco institucional, identificándolo como el eslabón perdido de su terapia reformadora. Su propia experiencia les hizo ver que es difícil llevar a efecto un programa de ajuste y reforma si se carece de las instituciones necesarias para convertirlo en una opción socialmente respaldada. Un programa de reformas bien diseñado desde el punto de vista técnico podía estrellarse frente a la dura realidad de unos gobiernos corruptos, de un marco jurídico imprevisible o de unas instituciones públicas consideradas como abiertamente ineficaces o socialmente ilegítimas. Por ello, a finales de la década de los noventa, el fortalecimiento institucional y el apoyo al buen gobierno pasaron a ser un componente más de la agenda de desarrollo.

En suma, a lo largo de las últimas dos décadas se ha producido un cambio de entidad en la teoría del desarrollo, que afecta no solo a sus fundamentos doctrinales y a su forma de hacer teoría, sino también a las recomendaciones de política que se derivan de esos planteamientos. En el cambio descrito influyó, sin duda, la heterogénea experiencia cosechada por los países en desarrollo durante el período precedente, pero también –y es importante señalarlo– la mayor capacidad que los especialistas de desarrollo han tenido para aprovechar el arsenal teórico generado en otros campos del pensamiento económico y para alentar el diálogo disciplinario con modelos mejor fundados y más sólidamente validados por la prueba empírica. Ahora bien, si la doctrina del desarrollo ha cambiado, la realidad internacional a la que esa teoría remite lo ha hecho en mayor medida, planteando nuevos desafíos que deben ser reflexionados.

Un mundo en cambio

De los cambios habidos en el entorno internacional, cinco van a ser aquí los que van a llamar nuestra atención (un análisis más detenido de estos cambios puede verse en Alonso y Ocampo, 2011).

Heterogeneidad del mundo en desarrollo

Como se ha señalado, la teoría de desarrollo nació en los años cuarenta del pasado siglo confiada en un diagnóstico relativamente compartido acerca de los problemas del desarrollo. Desde entonces los países han experimentado sendas de progreso muy dispares, y se ha incrementado como consecuencia la heterogeneidad en el seno del «mundo en desarrollo». De hecho, ese rótulo ha dejado de tener sentido, si con él se quiere expresar una realidad reconocible y relativamente compartida: mejor sería hablar hoy de la existencia de diversos «mundos en desarrollo».

De forma simplificada, durante las cinco últimas décadas, cabría identificar tres grupos de países con comportamientos muy diferenciados. Un grupo de países –básicamente los localizados en el Este y el Sudoeste de Asia– han sido capaces de poner en marcha un exitoso proceso de crecimiento, que les ha permitido avanzar muy rápidamente en la convergencia hacia los niveles de desarrollo de los países avanzados. Otro grupo –buena parte de los países menos adelantados (PMA)– han visto incrementada la brecha que los separa de los líderes, lo que sugiere que se encuentran atrapados en algo parecido a una trampa de pobreza (Guillaumont, 2009). Finalmente, un tercer grupo de países, aquellos situados entre estos dos extremos, han seguido trayectorias muy diversas, lo que ha dado lugar a un incremento de la heterogeneidad en su seno. En suma, a lo largo del último medio siglo parece haberse producido un doble proceso de divergencia: i) en primer lugar, entre los extremos del arco de la distribución de la renta a escala global, tal como revela la acrecentada distancia entre los segmentos más pobres y más ricos de la comunidad internacional; y ii) en segundo lugar, la que resulta de la creciente heterogeneidad en el seno del propio mundo en desarrollo (Ocampo y Vos, 2008).

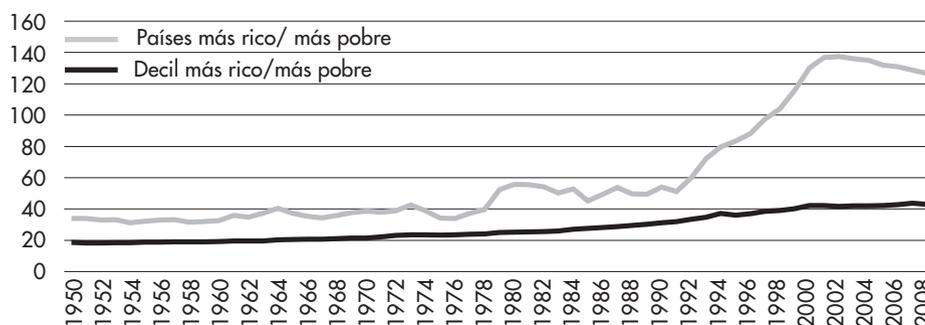
Los gráficos 1 y 2 ilustran las tendencias enunciadas. En el gráfico 1 se presentan los ratios existentes en los PIB per cápita del país más rico y el más pobre del planeta y de los deciles del país más rico y más pobre a lo largo del período 1950-2008 (los PIB per cápita expresados en paridad del poder adquisitivo, PPA)¹. Ambas

1. Aquí no se pretende medir la desigualdad a escala global, sino solo las diferencias en los niveles de desarrollo entre los países situados en los extremos.

ratios presentan tendencias crecientes, lo que confirma que el arco de la distribución de la renta a escala mundial ha crecido a lo largo del período. Merece la pena señalar que el crecimiento más intenso en los ratios se produjo tras iniciada la década de los noventa: justamente cuando se acelera el proceso de globalización en curso.

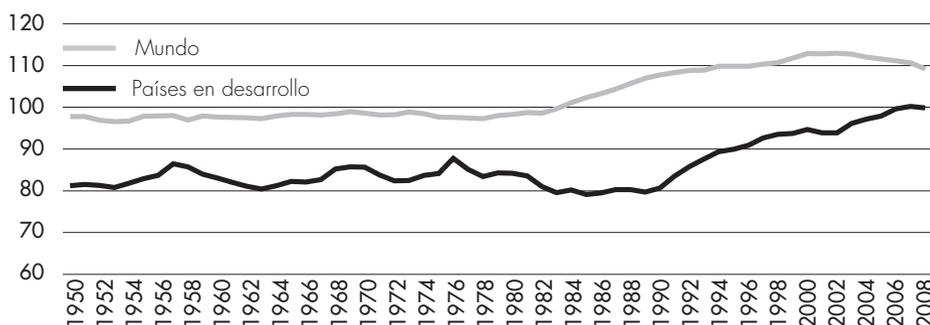
Por su parte, el gráfico 2 ilustra la evolución del nivel de heterogeneidad entre países, medido a través del coeficiente de variación de los respectivos PIB per cápita (expresados en PPA) para el período 1950-2008. La evolución del coeficiente revela que los niveles de heterogeneidad han crecido, en el caso del mundo en su totalidad a partir de los años ochenta y en el colectivo de países en desarrollo a partir preferentemente de los años noventa.

Gráfico 1. Arco de la distribución de la renta



Fuente: Maddison (www.ggdc.net/MADDISON/oriindex.html)

Gráfico 2. Heterogeneidad (coeficiente de variación entre PIB pc PPA)



Fuente: Maddison (www.ggdc.net/MADDISON/oriindex.html)

Los cambios descritos tienen muy diversas consecuencias, pero dos se revelan centrales para lo que aquí se discute. En primer lugar, la heterogeneidad creciente del mundo en desarrollo confirma que no hay espacio para terapias que se pretendan universales. Las estrategias de desarrollo pueden ser tan diversas como diferentes son las condiciones de partida de los países.

En segundo lugar, la heterogeneidad del mundo en desarrollo obliga a revisar el principio de «común pero diferenciadas responsabilidades», que se asentó en la Cumbre de Río, en 1992. Hoy esas diferenciadas responsabilidades deberían dar lugar a una mayor implicación de los países más avanzados del mundo en desarrollo en una acción cooperativa –y responsable– por hacer la globalización más incluyente y democrática. Se volverá sobre esta idea más adelante.

La diversidad de los modelos de éxito

La incrementada heterogeneidad en el mundo en desarrollo es fruto, como se ha señalado, de las dispares trayectorias de crecimiento seguidas por los países. Sin duda, en el África Subsahariana y Asia Occidental hay casos de economías que parecen sumidas en una situación de carencias múltiples, sin síntomas perceptibles de progreso. Pero, junto a ello, hay un crecientemente nutrido grupo de economías en desarrollo que han protagonizado sorprendentes procesos de transformación productiva y de crecimiento. Buena parte de ellas están ubicadas en Asia, pero la ola de progreso ha alcanzado ya a América Latina en la última década y, de una forma más precaria, a algunos países de África.

Iniciaron este proceso las economías del Sudeste Asiático, que lograron mantener un ritmo de expansión del PIB cercano al 9% en las décadas de los años sesenta y setenta. A este grupo se unieron, tras la crisis de los años ochenta, China e India, dos economías de dimensión continental. En el primer caso, China, la tasa de crecimiento del PIB alcanzó el 9,9%, entre 1990 y 2010; y en el caso de India, la tasa ha sido del 6,5%, en un período similar. Aunque con grado de dinamismo dispar, la ola expansiva alcanzó a otros países del Asia Meridional y Oriental, como Indonesia, Vietnam, Malasia, Tailandia o Filipinas, haciendo gravitar hacia Oriente el polo más dinámico de la economía internacional. Ya en esta última década, se sumó a este dinamismo América Latina: al temprano éxito de Chile, se sumaron en esta última década una parte significativa de las economías de América del Sur. Las tasas no son comparables a las asiáticas –del 4,5% en el período 2002-2010–, pero son notables para lo que es la experiencia histórica del continente.

Ninguno de los casos mencionados es perfecto; y ni siquiera es posible anticipar la sostenibilidad a medio plazo del dinamismo en todos ellos. Ahora bien, todos han protagonizado procesos de convergencia, en algunos casos acelerada, hacia los niveles de los países desarrollados. Como consecuencia de estos procesos, los niveles de desigualdad internacional –especialmente cuando los promedios nacionales se

ponderan por la población respectiva— parecen haberse corregido a lo largo de la última década. La presente crisis no ha hecho sino acentuar esta percepción, al estar buena parte de los países en desarrollo entre los menos afectados por la inestabilidad y los que más rápidamente se recuperaron tras 2009.

De la experiencia de estos países cabe derivar dos conclusiones. En primer lugar, que el desarrollo es posible. El fatalismo que acompañaba los desarrollos doctrinales de algunos teóricos de la dependencia se ha visto claramente refutado. Incluso en un entorno internacional como el actual, poco sensible a la equitativa distribución de las oportunidades de progreso, es posible asentar una estrategia de desarrollo exitosa, si se ponen en tensión las capacidades propias y se aprovechan las oportunidades del entorno. No es una tarea sencilla, pero es posible.

En segundo lugar, los modelos seguidos por estos países son poco convencionales y altamente específicos a las realidades de cada cual. Existen pocas similitudes entre los modelos de Corea del Sur, China, India, Chile, Vietnam o Brasil, por poner solo algunos casos. Quizás la única semejanza que cabe destacar es el carácter heterodoxo y pragmático de cada una de las estrategias seguidas: todas ellas ajenas al recetario que con tanto afán se predica desde algunas instituciones internacionales.

La nueva geografía de la pobreza global

Tradicionalmente se ha supuesto que existía una correspondencia entre los países más pobres y aquellos donde vivía el grueso de la población pobre (aquella con menos de 1,25 dólares de gasto al día). Semejante asociación respondía a un fenómeno estadísticamente comprobable: el nivel de incidencia de la pobreza era mayor en los países más pobres y estos aportaban el grueso de la población con mayores carencias. En correspondencia con esta visión, se demandó que la ayuda internacional se centrara, de forma más focalizada, sobre los países más pobres: una demanda que se hizo más exigente tras la definición de los Objetivos de Desarrollo del Milenio. En correspondencia, en la última década la cuota de ayuda dirigida a los países de ingreso medio decreció considerablemente, pasando del 57% al 37% en 2009-2010; y, de forma inversa, los PMA y los países de bajo ingreso experimentaron un incremento en sus cuotas desde el 43% en los noventa al 62% en 2009-2010 (cuadro 1).

El problema es que este nuevo patrón de la distribución de la ayuda no coincide con la nueva geografía de la pobreza global. En la actualidad, hay cerca de 1.000 millones de pobres —dos tercios del total— que están viviendo en países de renta media, quedando un tercio restante (cerca de 300 millones) que reside en países de bajo ingreso (Sumner, 2010 y 2011). Este patrón es enteramente nuevo: en 1990, el 94,5% de los pobres vivían en países de bajo ingreso y solo un 5,5% estaban localizados en los países de ingreso medio (cuadro 2).

Cuadro 1. Asignación de la ayuda según niveles de ingreso (%)

	1990-1993	1998-2000	2006-2008	2009-2010
PMA	31,8	32,0	35,1	46,6
Bajo ingreso	10,2	12,5	17,2	16,0
Ingreso medio-bajo	49,4	47,1	39,7	28,9
Ingreso medio-alto	8,6	8,5	7,9	8,5

Fuente: CAD (OCDE)

Cuadro 2. Distribución de la pobreza global (1,25 \$ por día) 1990 vs 2007

	No ajustado en el año base				Ajustado en el año base			
	1990		2007		1990		2007	
	Millones	%	Millones	%	Millones	%	Millones	%
Bajo ingreso	1.596,1	94,5	305,3	24,1	1.632,5	93,1	342,7	29,1
Ingreso medio	93,2	5,5	960,4	75,9	121,4	6,9	836,0	70,9
Total	1.689,3	100	1.265,7	100	1.753,9	100	1.187,7	100
China e India	1.137,9	67,4	673,0	53,2	1.123,6	64,1	561,3	47,6
Ingreso medio menos China e India	-	-	287,4	22,7	-	-	274,6	23,3
Bajo ingreso menos China e India	458,2	27,1	-	-	509,0	29,0	-	-

Fuente: Sumner (2011)

Este importante cambio se ha debido, en buena medida, a la reciente graduación como países de renta media de un significativo número de países que antes pertenecían al estrato de bajos ingresos. Entre ellos, países de muy elevada carga demográfica, como China, India, Indonesia, Nigeria y Pakistán. La población agregada de estos cinco países es próxima a los 3.000 millones de personas y entre los cinco acogen a cerca del 70% de la población pobre mundial. Pese a ello, el cambio aludido expresa una tendencia que probablemente se mantendrá en el tiempo. La pobreza global ya no es meramente, ni predominantemente, un problema asociado a los países de bajo ingreso.

Este cambio tiene implicaciones, porque no solo supone una mutación de la geografía de la pobreza, sino que también afecta al modo de combatirla. En los países de ingreso medio, la pobreza es consecuencia más de una mala distribución de la renta que de las carencias extremas del país. Dicho de otro modo, si hay pobres y el país es de renta media es porque necesariamente hay ricos: combatir la pobreza comporta, por lo tanto,

mejorar la distribución de la renta a través de políticas sociales y fiscales adecuadas. Dicho de otro modo, los aspectos distributivos –relacionados más con la desigualdad que con la pobreza– deben entrar con más fuerza en la agenda de desarrollo.

Un mundo multipolar

La teoría al desarrollo nació en el contexto de un mundo bipolar, caracterizado por la presencia de dos bloques en conflicto, cuya pugna permeaba el conjunto de las relaciones internacionales. En la actualidad, esa realidad internacional ha desaparecido y frente a ella se ha ido consolidando un mundo cada vez más complejo y multipolar. A las potencias tradicionales se han sumado otras procedentes del mundo en desarrollo, con alto dinamismo y notable capacidad de proyección: es el caso de Brasil y México en América Latina, Egipto en el Norte de África, Nigeria en África Occidental, Sudáfrica en África Meridional, Irán en Asia Occidental, China e Indonesia en Asia Oriental, India en Asia Meridional y Rusia y Turquía en Europa Oriental (cuadro 3). Se trata en todos los casos de potencias emergentes provenientes del mundo en desarrollo que parecen estar llamadas a tener una creciente relevancia en el futuro. Así pues, nos encaminamos hacia un mundo cada vez más multipolar.

El análisis del peso –tanto demográfico como económico– que estos países tienen en su entorno regional los identifica como actores cruciales en sus respectivas áreas; pero más allá de estos entornos, algunas de estas potencias en ciernes ejercen una influencia que trasciende su entorno regional. Algunas han puesto en marcha políticas activas de inversión en el exterior, ya sea para garantizar el abastecimiento de recursos a su economía, ya sea para asentar sus capacidades exportadoras. Como resultado, varias se han convertido en polos dinámicos de la economía internacional. Adicionalmente, mantienen políticas activas de cooperación internacional –cooperación Sur-Sur–, a través de procedimientos en algunos casos más ágiles y menos condicionados que la cooperación tradicional, ganando áreas de influencia en el entorno de los países en desarrollo.

El cambio descrito tiene implicaciones para la agenda de desarrollo. En primer lugar, la nueva situación posibilita que los países en desarrollo puedan ampliar el ámbito de sus opciones estratégicas, buscando en estas nuevas potencias emergentes el respaldo que quizá las potencias tradicionales les nieguen. Esto otorga mayores grados de libertad a esos países de dimensión menor, aunque no necesariamente se haya siempre aprovechado ese cambio para mejorar los grados de autonomía de los países. En segundo lugar, la multipolaridad ha puesto bajo presión las estructuras de gobernanza del sistema internacional, que tradicionalmente han descansado sobre el peso de las potencias tradicionales, otorgando limitada

voz y representatividad a los países de ingreso medio. Esa presión puede conducir a una reforma de la gobernanza global en el sentido de propiciar estructuras más incluyentes y democráticas, aunque este no es el único resultado posible². Por último, la creciente multipolaridad puede sentar las bases para una distribución más compartida de las responsabilidades en la gestión del proceso de globalización, tal como se señaló anteriormente.

Cuadro 3. Multipolaridad: peso regional de las nuevas potencias

Regiones (solo países de ingreso medio y bajo)		N.º de países Ingreso medio y bajo	Población %	PIB (PPA) %
América Latina	Brasil		33,9	32,5
	México		18,6	25,4
	<i>Sobre total región</i>	33	52,5	58,1
África del Norte	Egipto		49,8	45
	<i>Sobre total región</i>	5	49,8	45
África Occidental	Nigeria		45,4	51,6
	<i>Sobre total región</i>	23	45,4	51,6
África Austral	Sudáfrica		31,2	67,3
	<i>Sobre total región</i>	14	31,2	67,3
Asia Occidental	Irán		33,9	32,3
	<i>Sobre total región</i>	16	33,9	32,3
Asia Oriental	China		62,5	47,2
	Indonesia		10,7	5,2
	<i>Sobre total región</i>	14	73,3	52,4
Asia Meridional	India		71	74,9
	<i>Sobre total región</i>	14	71	74,9
Europa y Asia Central	Rusia		45,8	50,6
	Turquía		23,9	20,5
	<i>Sobre total región</i>	11	69,7	71,1
<i>Estos 11 países sobre total mundial</i>			53,3	30,5

Fuente: Basado en datos del Banco Mundial. Elaboración propia

- De hecho, algunos comportamientos de estas nuevas potencias parecen ir en contra de ese proceso. Por ejemplo, China parece, en ocasiones, que le gustaría más un nuevo mundo bipolar que una gobernanza global incluyente.

Bienes públicos internacionales

El proceso de globalización ha tendido a acentuar las interdependencias de carácter transnacional, dilatando el espacio propio de los bienes públicos internacionales (BPI). Caracterizan a estos bienes una suerte especial de externalidad que hace que una vez provistos, sus beneficios estén disponibles para todos de una forma no limitada (de manera equivalente, aunque inversa, cabría hablar de males públicos). Se trata, por lo demás, de bienes de muy diversa naturaleza, que se relacionan con el orden normativo internacional, la sostenibilidad de la vida y las posibilidades de progreso de las sociedades. Muchos de ellos están estrechamente relacionados con los objetivos de desarrollo. De hecho, el descubrimiento de una vacuna contra la malaria o la adecuada gestión del cambio climático, la preservación de la paz o el más fácil acceso al conocimiento, la promoción de la estabilidad financiera o el establecimiento de un orden comercial más abierto y justo, todos ellos objetivos que tienen naturaleza de bienes públicos internacionales, pueden ser medidas que tengan mayor efecto sobre la pobreza que la propia ayuda internacional.

Las características de los bienes públicos hacen que, con frecuencia, el mercado se revele incapaz de asegurar su provisión eficiente, por lo que se requiere cierta forma de acción colectiva, ya sea a través de la coordinación, la cooperación o la coacción. En el seno de los países esa respuesta se canaliza a través del marco institucional disponible, incluyendo muy especialmente al Estado. En el ámbito supranacional, sin embargo, no existe institución semejante al Estado, de modo que la respuesta ha de propiciarse a través de fórmulas diversas de coordinación y de cooperación voluntaria entre los actores del sistema internacional. El sistema multilateral constituye el marco más apropiado para promover y articular esa acción cooperativa. No obstante, existe el juicio ampliamente compartido de que el sistema multilateral, tal como hoy está configurado, no reúne las condiciones adecuadas para proveer de una forma eficiente los bienes públicos que la sociedad demanda. Organizar la provisión de estos bienes constituye, pues, una tarea pendiente.

La ampliación del espacio de los bienes públicos internacionales tiene una consecuencia relevante para lo que aquí se considera: aunque el desarrollo es esencialmente un proceso de cambio en el seno de los países, las condiciones del entorno internacional en un mundo crecientemente globalizado pueden ser claves para facilitar (o dificultar) ese proceso. Forma parte, por tanto, de la agenda de desarrollo definir y propiciar los marcos regulatorios, de coordinación y de gobernanza del sistema internacional más adecuados para propiciar una distribución equitativa de las oportunidades de progreso que brinda el proceso de globalización a escala internacional.

Base de una nueva agenda

Tras haber revisado algunos de los cambios habidos en el sistema internacional, conviene ahora extraer algunas enseñanzas útiles para la definición de futuras estrategias de desarrollo³.

Algunas enseñanzas

Tras la fiebre neoliberal que dominó la década de los ochenta, existe hoy una conciencia más extendida de que no cabe plantear recetas simples y universales para alcanzar el éxito en el proceso de desarrollo (Rodrik, 2007). Ninguno de los paradigmas que han dominado el pensamiento económico en los últimos cincuenta años está en condiciones de erigirse como propuesta óptima. Es más, el estudio de los casos de éxito económico demuestra –como se ha señalado– que los procesos se han basado en una suerte de pragmatismo (más que dogmatismo) que ha sabido combinar en dosis variadas instrumentos supuestamente opuestos como el Estado y el mercado, apertura internacional y proteccionismo selectivo, equilibrio fiscal y macroeconomía proactiva. Los así llamados «fallos de mercado» son ubicuos, de tal forma que la acción pública se convierte en esencial para promover el desarrollo; al tiempo, el Estado tampoco está libre de fallos, lo que requiere una política activa de promoción de la calidad institucional, diseñando el marco de incentivos adecuado para promover el cambio económico.

En todo caso, sabemos ahora, mejor que en el pasado, que el recetario que emana de la doctrina neoliberal no ha funcionado como prometía. El supuesto de que el crecimiento es simplemente el resultado espontáneo de un uniforme paquete de políticas, compuesto por desregulación, apertura financiera y comercial, algunas dosis de privatización y una macroeconomía estable, resulta simplemente falso. En verdad, la aplicación de este modelo ha aparecido asociado, en la práctica, a bajas tasas de crecimiento y, a menudo, a regresiones en los patrones de distribución de la renta. Ahora bien, que el crecimiento no sea el resultado del funcionamiento espontáneo del mercado no anima ni a los más críticos a pensar que estrategias basadas en el cierre de los mercados con altos y generalizados niveles de protección puedan funcionar. En un mundo abierto, las economías están obligadas a aprovechar las potencialidades dinámicas que encierran los mercados internacionales. Es cierto que la propia competencia internacional puede

3. Un desarrollo más amplio de esta sección puede encontrarse en la reflexión realizada en el seno del CDP (Committee for Development Policy, UN) y que aparecerá como libro en Alonso, Cornia y Vos (2013).

limitar el desarrollo de las capacidades productivas nacionales requeridas para competir con éxito en los mercados exteriores. De ahí que se persiga en muchos casos compatibilizar la progresiva proyección internacional con la aplicación selectiva y temporal de medidas de estímulo a la producción nacional.

De forma adicional, la presente crisis evidencia que no son sostenibles aquellas estrategias que optan por la creciente financiarización de la economía, haciendo descansar el crecimiento en una artificial y temporal elevación de los precios de los activos, a través de la acumulación de deuda, y el acrecentado apalancamiento de los agentes financieros, pero con limitados efectos sobre las capacidades productivas del país. Semejante proceso resulta insostenible en el tiempo, de modo que cuando cae el valor de los activos, las economías afectadas se suman en una profunda crisis, agravada por el peso del endeudamiento previamente acumulado.

Pese a su éxito temporal, tampoco parece que sean sostenibles modelos que se basan en la acumulación intensiva de excedentes comerciales, a través del artificial mantenimiento de bajos salarios, la represión del consumo y la manipulación de los tipos de cambio (tal como sucede en China). Los desequilibrios a que da lugar esta estrategia, entre los niveles de consumo y los de renta de la población y entre la preservación de los excedentes y la apreciación de sus monedas, hacen que esta estrategia sea poco sostenible a largo plazo. Por lo demás, para su sostenimiento se requiere de la existencia de países que estén dispuestos a endeudarse de manera recurrente, lo que es causa de desequilibrios que pueden acentuar la inestabilidad global.

La explotación comercial de recursos naturales –ya sean agrícolas o minerales– constituye una vía que los países en desarrollo con abundante dotaciones necesariamente deben saber rentabilizar. No obstante, un proceso de desarrollo capaz de ser sostenido en el tiempo requiere de un ascendente proceso en la complejidad y diversificación productiva y tecnológica del país. Por ello, cuando el recurso a la explotación de los recursos naturales se contempla como alternativa a la diversificación productiva, la estrategia resultará condenada al fracaso, por más que rinda réditos a corto plazo.

Tampoco parece aceptable una estrategia de crecimiento que desconsidere los efectos sociales y los impactos ambientales a que dé lugar. En el primer caso, cuando el crecimiento económico se acompaña de una persistente y acrecentada desigualdad, ese factor termina por incidir negativamente sobre la calidad de las instituciones, deteriorando las condiciones de gobernanza del país, lo que afecta a la sostenibilidad del crecimiento. Por su parte, la desconsideración de los impactos ambientales no hace sino acrecentar los costes diferidos en materia ambiental, incrementando los riesgos naturales y alentando procesos de degradación ambiental que pueden ser irreversibles. Lo que se reclama, por tanto, es una estrategia que compatibilice logros en los tres pilares del desarrollo de forma simultánea: en los ámbitos económico, social y ambiental.

Por último, el proceso de globalización ha puesto en evidencia la relevancia que tiene generar un marco internacional capaz de proveer los bienes públicos internacionales que la sociedad demanda, atenuando los riesgos que se derivan de la globalización (incluidos el ambiental y el financiero) a medio y largo plazo y proporcionando una estructura de gobernanza que distribuya de forma más equitativa las oportunidades de progreso.

Bases de una estrategia alternativa

Conocemos mejor que antaño aquellos modelos que no funcionan, pero ¿cómo identificar aquellas estrategias que resultan deseables? El escrutinio de los diversos modelos que han estado vigentes en los últimos 40 años permite extraer algunas conclusiones útiles, que pueden ser inspiradoras para el diseño de una política de desarrollo en el futuro. Tratando de buscar aquellos factores más compartidos entre las experiencias exitosas, cinco parecen especialmente relevantes:

1. *La movilización del ahorro doméstico*: Si se quiere que el crecimiento esté asentado sobre bases nacionales y sea poco vulnerable a las variantes condiciones de los mercados internacionales, el ahorro doméstico es básico como fuente de financiación de la inversión. Ello evita que el país caiga en un peligroso círculo de dependencia del endeudamiento externo. No ha habido proceso de desarrollo que no haya ido acompañado de un notable esfuerzo de acumulación. A su vez, para movilizar el ahorro es importante preservar la estabilidad macroeconómica, promover la consolidación de un sólido, eficiente y accesible sistema financiero, desarrollar los mercados domésticos de capital y preservar unas finanzas públicas sanas.
2. *La inversión en capital humano*: Entre los factores promotores del crecimiento, el capital humano es el menos afectado por rendimientos marginales decrecientes. Es, además, una palanca para la promoción de la productividad y el cambio técnico, que son la base de la competitividad y del crecimiento. Más allá de sus estrictos efectos económicos, la promoción del capital humano es una vía obligada para alcanzar otros objetivos deseables en el ámbito social (al promover comportamientos más responsables e informados).
3. *Una política industrial para una economía abierta*: El proceso de desarrollo comporta una senda de cambio estructural y de creciente diversificación productiva. Como revela la experiencia, alentar esos cambios requiere combinar la acción del mercado con la aplicación de una política macroeconómica e industrial activa. Componentes de esa política son desde un estable y competitivo tipo de cambio hasta ciertas medidas de respaldo crediticio y fiscal a la inversión,

desde la inversión en infraestructuras a medidas de apoyo a la I+D y desde la atracción de la inversión extranjera, alentando sus enlaces productivos, hasta el respaldo a las alianzas público-privadas.

4. *Apertura internacional gobernada*: En el ámbito comercial, las experiencias exitosas se alejan tanto del desarme unilateral como del recurso a la generalizada protección. En un mundo crecientemente integrado, los mercados internacionales ofrecen a las economías una vía para rentabilizar el esfuerzo productivo, dinamizar el cambio técnico y potenciar el crecimiento. No obstante, disponer de las capacidades productivas necesarias para el éxito exportador no es una consecuencia espontánea del desarme arancelario. Para producir esas capacidades se requiere una activa política industrial, de promoción de las capacidades nacionales. Y esa misma política se convierte en necesaria cuando el país quiere asentar su especialización en ventajas dinámicas, capaces de ser renovadas en el tiempo. Sin embargo, en el ámbito financiero no es tan claro el beneficio de la apertura, especialmente la referida a los movimientos de capital de corto plazo. Si bien puede facilitar el acceso a la financiación internacional, el proceso tiene también costes en términos de contagio, importada inestabilidad y dificultad en la gestión macroeconómica. Por este motivo parece razonable que los países se doten de mecanismos de regulación de sus cuentas de capital. Los países que procedieron de este modo (como Chile, Colombia, India, Malasia o Taiwán) ganaron espacio para el diseño de una política anticíclica, mitigando los riesgos de inestabilidad macroeconómica.
5. *Macroeconomía estable y no deflacionaria*: Una cierta estabilidad macroeconómica constituye un requisito para cualquier proceso de desarrollo sostenible. Ahora bien, frente a la idea de que la política macroeconómica está dominada por restricciones técnicas y resulta neutral, conviene afirmar el diferente efecto que distintas alternativas de política macroeconómica tienen para el crecimiento y la equidad de los países. Desde esta perspectiva, el objetivo central de esta política debería ser ganar espacio para el ejercicio de una política anticíclica, que aminore los riesgos de inestabilidad y los costes de las políticas innecesariamente recesivas.

A estos cinco factores, la realidad más reciente añade un elemento de cautela de relevancia para el diseño de una estrategia de desarrollo: es importante hacer que la estrategia sea sostenible en el tiempo. Con frecuencia se buscan logros a corto plazo, sin advertir los desequilibrios a largo plazo que ese proceso genera. Es importante romper esa dinámica. Lo que comporta medidas orientadas a atenuar los niveles de riesgos, ya estén asociados al equilibrio macroeconómico (a través de políticas anticíclicas), a la senda de crecimiento (buscando bases sostenibles), al ámbito social (atenuando los conflictos distributivos) o al ámbito natural (mitigando los costes ambientales). En este aspecto, resulta crucial acometer las tareas requeridas para afrontar el cambio climático como desafío ambiental de primera entidad.

Consideraciones finales

La teoría del desarrollo demostró una creatividad notable en sus orígenes. Posteriormente, tanto el debate teórico como la propia experiencia internacional motivaron cambios importantes en su fundamentación y en sus prescripciones. Definitivamente, la teoría del desarrollo ha cambiado, y de forma muy notable, respecto a los planteamientos que tenía en sus orígenes. No obstante, la realidad internacional ha cambiado también, y de modo muy marcado en las últimas dos décadas. Es necesario, por tanto, pensar de nuevo el proceso de desarrollo y las estrategias para hacerlo posible. Semejante tarea se enfrenta, sin embargo, a un triple desafío. En primer lugar, la experiencia reciente revela que no existen respuestas simples y universales a los problemas de desarrollo. Los casos de éxito ponen en evidencia que las respuestas han sido altamente pragmáticas, creativas y específicas a las necesidades de cada caso particular. Cualquier generalización debe, por lo tanto, reconocer esta diversidad de respuestas y abrir espacio a la creatividad para acomodar las terapias a las condiciones específicas de cada caso. En segundo lugar, una buena estrategia de desarrollo debe ser capaz de combinar los logros del presente con la atenuación de los riesgos (de todo tipo) a los que una sociedad se puede enfrentar en el futuro. Alcanzar este doble propósito es difícil sin el recurso a obligadas transacciones intertemporales: asumiendo renuncias en el presente para evitar costes mayores en el futuro. Esta mirada intergeneracional es obligada en una estrategia de desarrollo. Finalmente, aunque el desarrollo es un proceso endógeno a cada sociedad, en un mundo globalizado es difícil que se avance en una estrategia de desarrollo si, al tiempo, no se actúa sobre el entorno internacional. Ambas dimensiones deben estar sólidamente articuladas en cualquier respuesta de desarrollo que se pretenda exitosa.

Referencias bibliográficas

- Açemoglu, D.; Johnson, S.; Robinson, J.A. «The colonial origins of comparative development: An empirical investigation». *American Economic Review*, vol. 91, n.º 5 (2001), p. 1.369-1.401.
- Alonso, J.A. «Colonisation, Institutions and Development: New Evidence». *Journal of Development Studies*, vol. 47, n.º 7 (2011), p. 937-958.
- Alonso, J.A. y Garcimartín, C. *Acción colectiva y desarrollo. El papel de las instituciones*. Madrid: Editorial Complutense, 1988.
- «The determinants of institutional quality: More on the debate». *Journal of International Development* (2011) (en prensa)
- Alonso, J.A. y Ocampo J.A. *Cooperación al desarrollo en tiempos de crisis*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2011.

- Alonso, J.A; Cornia, G.A.; Vos, R. (ed.). *Alternative Development Strategies for the post-2015 Era*. London: Bloombury Academic, [en prensa] 2013.
- Engerman, S.L. y Sokoloff, K.L. «Colonialism, Inequality, and Long-run Paths of Development». *NBER Working Paper*, n.º 11.057 (2005). Cambridge: National Bureau of Economic Research.
- Guillaumont, Patrick. *Caught in a Trap: Identifying the Least Developed Countries*. Paris: Economica, 2009.
- Hirschman, A.O. *The strategy of economic development*. New Haven: Yale University Press, 1958.
- Hoff, K. y Stiglitz, J.E. «Modern economic theory and development», en: Meier, G.M. y J.E. Stiglitz (eds.). *Frontiers of Development Economics. The Future Perspective*. Oxford: World Bank y Oxford University Press, 2001.
- Lal, D. *The poverty of Development Economics*. London: Institute of Economic Affairs, 1983.
- Leibenstein, H. *Economic Backwardness and Economic Growth*. New York: John Wiley and Sons, 1954.
- Lewis, A. «Economic development with unlimited supplies of labor». *Manchester School of Economics and Social Studies*, vol. 22 (1954).
- Myrdal, G. *Economic theory and underdeveloped regions*. London: Duckworth, 1957.
- Nelson, R. «A theory of the low level equilibrium trap». *American Economic Review*, vol. 64, n.º 5 (May 1956), p. 894-908.
- Nurkse, R. *Problems of Capital Formation in Underdeveloped Countries*. New York: Oxford University Press, 1957.
- Ocampo, J.A. y Vos, R. *Uneven Economic Development*. London: Zed Books, 2008.
- Prebisch, R. «Crecimiento, desequilibrio y disparidades: interpretación del proceso de desarrollo», en: CEPAL. *Estudio Económico de América Latina 1949*. Santiago de Chile: Naciones Unidas, 1950.
- Rodrik, D. *One Economics, many recipes: Globalisation, Institutions and Economic Growth*. Princeton: Princeton University Press, 2007.
- Rodrik, D.; Subramanian, A.; Trebbi, F. «Institutions Rule: The Primacy of Institutions over Geography and Integration in Economic Development». *Journal of Economic Growth*, vol. 9, n.º 2 (2004), p. 131-165.
- Ros, J. *Development Theory and the Economics of Growth*. Ann Arbor: The University of Michigan Press, 2000.
- Rosenstein-Rodan, P. N. «Problems of industrialization of Eastern and South-Eastern Europe». *Economic Journal*, n.º 53 (1943), p. 202-211
- «Natura facit saltum: Analysis of disequilibrium growth process», en: Meier, G. y Seers, D. (eds.). *Pioneers in Development*. New York: Oxford University Press, 1984.

- Rostow, W.W. *The Stages of Economic Growth*. Cambridge: Cambridge University Press, 1961.
- Sachs, J. *The End of Poverty*. London: Penguin Books, 2008.
- Solow, R. «A Contribution to the Theory of Economic Growth». *Quarterly Journal of Economics*, vol. 70, n.º.1 (1956), p. 65-94.
- Soto, H. de. *The Mystery of Capital. Why Capitalism Triumph in the West and Fail Everywhere Else*. New York: Basic Book, 2000.
- Sumner, Andy. «Global Poverty and the “New Bottom Billion”: What if Three-Quarters of the World’s Poor Live in Middle-Income Countries?». *IDS Working Paper*, n.º 349 (2010). Brighton: IDS.
- _ «Where do the poor live? An update». *IDS Working Paper*, n.º 393 (2011). Brighton, IDS.